

ALABANZA DE LA JUVENTUD SIN MENOSPRECIO DE LA ALDEA

"Feliz aquel que, lejos de los pleitos, como la vieja estirpe humana, dedica su tiempo a trabajar los campos paternos...". Más o menos así comienza Horacio su Oda II Beatus ille donde menosprecia la turbamulta urbana y alaba la vida sencilla (no simple) que se lleva, lejos del mundanal ruido, en los pueblos y/o aldeas.

Se impone entre nosotros, los santibañezanos, que tanto sabemos de ese estilo de vida, y que, estando en el mundo, estamos lejos de las calderas donde ese mundo se cuece, deponer pleitos y lanzar iujujús de alegría porque, de nuevo, la fiesta (de la Amistad), ya está aquí, a punto de ser gozada con estrépito, alboroto y, a ser posible, sin estropicios.

Echando la vista atrás, recordamos las dos o tres primeras ediciones de la misma. Por encomienda de la ADC Río Tuerto, junto con un entusiasta grupo de compañeras, tuvimos el honor de coordinar aquellos embrionarios eventos. Entonces se sentaron las bases de lo que hoy es tradición que se supera cada año. Por eso estamos tan cerca del pulso de quienes cada temporada pierden sueño, tiempo y dinero tratando de contribuir a la felicidad ajena. Nada más loable.

La juventud, aparte de aquello de "divino tesoro" y "enfermedad que se cura con el tiempo", es el as en la manga con el que la biología provoca el cambio, tan necesario para la supervivencia. Quizás uno no pueda ser imparcial en esto, pero el caso es que no encuentra parangón en muchos kilómetros a la redonda respecto a la juventud de Santibáñez, siempre que se trate de hablar de generosidad, empeño, colectivismo, creatividad y responsabilidad. Y no sólo nos referimos a la generación actual, sino a todas las que hemos conocido. Tal vez este legado sea el causante de que se mantengan entre nosotros niveles tan altos de utopía.

El meollo de esta celebración estival es festejar el reencuentro entre quienes se fueron y quienes se quedaron, restañar las heridas que la modernidad ha causado en el mundo rural y, de algún modo, congrega a los presentes y a los definitivamente ausentes. Por otra parte también pretende exorcizar, con actividades lúdicas para toda edad y condición, el disgregamiento de la tribu; persiguiendo, a mayores, el fin práctico de sacar los dineros básicos para continuar sosteniendo el resto del año las reformas, obras y jaleos mil en que anda metida nuestra infatigable mocedad.

Este año del 2012, por la pertinaz crisis, por la calamitosa sequía que tanta penuria trae a nuestros agricultores y por noticias tan indecentes como la del intento desde el Gobierno central de expropiar los bienes de las Juntas Vecinales, no es precisamente el más propicio para celebrar casi nada, pero, por unas horas, saquemos fuerzas de flaquezas, olvidémonos de los funestos telediaris y enterremos en el montón del abono la bilda de la guerra de nuestras menudencias cotidianas.

Toda fiesta es una trasgresión de la rutina, si no, rutina es. Así que despojémonos del yo, fatigado de manías y represiones, y salgamos a liberarnos a la plaza del nosotros. Remojémonos la tripa con agua o con vino y arrimémonos al corro ancestral donde nadie debe quedar excluido ni contemplativo. Y con las mínimas molestias (a lo mejor una bajada de decibelios a la mitad, en torno a las tres de la mañana, elimine esas incomodidades), gocemos sin duelo de todas las potencias de la vida en esta saludable celebración comunitaria. Según cuentan, es posible que nos queden muchos siglos por delante para descansar en paz.

Con los mejores deseos de vuestro paisano José A. Martínez Reñones